especies, y que no hay, en absoluto, hechos demostrativos», tiene por evidente que «la selección no puede engendrar formas específicas nuevas» (1). No se le pregunte cómo se explican la formación del órgano de la vista ó los fenómenos de la regeneración, ó la tendencia de los animales, en las fases embrionarias, á adaptarse á las funciones que ulteriormente han de llenar; porque «no sabe responder» (2). Al oir esta declaración franca, nos acordamos de lo que Darwin refiere para dar cuenta de la «formación de los ojos», cuyas partes flexibles y óseas se desviaron, por estrabismo, de su posición primitiva en un ángulo de setenta grados»!!! La selección permanece aquí invisible y muda. Cajal, en una obra recientísima *(El sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*, pág. 8), contestando á Herbert-Spencer que «atribuye la aparición de los órganos de los sentidos á la acción combinada de la adaptación y de la selección natural» (según éste la entiende), dice: «sin rechazar en absoluto la idea de que los órganos sensoriales, el ojo, por ejemplo, se deban á equilibraciones directas ó

mente por la temperatura, sin que intervenga la selección natural; y en un trabajo reciente sobre «la formación de las especies y el parentesco en los lepidópteros», llega á este corolario: «el estudio de las alas de las mariposas revela la impotencia de la selección natural para dar origen á las especies». Por último, Coe ha publicado una obra de 626 páginas contra la selección natural, considerándola como ilusoria é inútil.

(1) Ib. ib., pág. 371.

(2) Ib. ib., pág. 839

indirectas del organismo, es decir, á adaptaciones de ciertos parajes del epidermis á la acción de las ondulaciones del éter ó del aire, combinadas con la influencia perfeccionadora de la selección natural, hay que convenir que es casi imposible imaginar la aparición ó el modo de formación de ciertas variaciones iniciales que representan el punto de partida de la evolución. Así, por ejemplo: no se concibe bien por qué las manchas pigmentarias ú ojos rudimentarios de los vermes *(Turbellaria, Trematodes*, etc.), son redondas, pares, y residen precisamente sobre la piel que cubre el ganglio supra-exofágico y no sobre la correspondiente á otros focos nerviosos; ni por qué andando el tiempo apareció delante de la mancha pigmentaria y del nervio subyacente, nada menos que un espesamiento epidérmico lenticular, cuyo radio, índice de refracción, etc., parecen calculados para proyectar una imagen distinta en la expansión del nervio óptico. Menester es confesar que, aun apelando al principio de la selección natural, es imposible explicar satisfactoriamente estos maravillosos aparatos de relación, causa eficiente, probable, como dejamos dicho, de la superior jerarquía dinámica del ganglio cefaloideo y del oficio rector que éste ejerce sobre todos los demás focos gangliónicos.»

No enumeraremos á todos los amantes de la ciencia que han opuesto á la selección objeciones insuperables. Lord Kelvin dijo, hace veintidós años, que la selección natural no encierra

la verdadera teoría de la evolución, si es que la evolución, según la entiende el transformismo, existe en Biología; Mivart y Hartmann, Morgan, Tylor y Wallaschek hanla combatido de una ú otra manera; Salisbury la declaró «insuficiente» en la Asociación Británica de 1894 (Agosto), ante la plana mayor de la Ciencia inglesa; y, aunque le contestó Huxley, las dificultades subsisten. El profesor Osborn anunciaba entonces que «el principio de la selección natural está en desacuerdo con los hechos». Se halla para demostrarlo contra los neo-darwinianos, de quienes Weismann es el gran pontífice, toda la escuela de Lamark, con H. Spencer y Cope á la cabeza. Y bien sabido es, dice Ives Delage, que vencen los últimos.

A ninguno de los dos partidos nos afiliamos, porque todos son «mecanicistas». Si se equivocan de modo lamentable los que consideran la selección como el *alma parens rerum* de las formas orgánicas, no van por mejores vías los que miden el mundo por el mecanismo del reloj ó la fuerza de la locomotora; y, no queriendo confesar su ignorancia ni la acción benéfica de las causas finales, abandonan «lo divinamente misterioso» para «creer en lo misteriosamente absurdo».

FIN

FE DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
23	última	Kirchez	Kircher
25	nota; 4.ª	Salermo	Salerno
25	nota; 21	sufrimientos	conocimientos
37	4.ª	Nunmulites	Nummulites
50	5.ª	arrebando	arrebatando
61	nota; 3.ª	*bibliogique*	*biologique*
80	13	problemos	problemas
99	nota; 4.ª	310	340
133	14	conozco	conozca
136	nota; 6.ª	pueda	puede
175	24	fúti es	fútiles
308	24	naturalistas	los naturalistas